



LEOVIGILDO.
M. A.º DE 585.

LOS VISIGODOS ANTE EL ESPEJO DE LA HISTORIA

Cristina Godoy Fernández

Facultat Antoni Gaudí d'Història, Arqueologia i Arts Cristianes

Tras la desaparición del reino visigodo en el 711, en la derrota sufrida por las tropas del rey Rodrigo en el río Guadalete, los diversos periodos históricos se mirarán en el reflejo de una época que enlaza el esplendor del mundo clásico con el origen de la nación española. La unificación territorial y religiosa conseguida por los visigodos, sobre todo en época de Leovigildo y Recaredo, y más tarde con Suintila, constituirá un reclamo constante para los monarcas posteriores desde la Alta Edad Media. Ya en la temprana época del reino asturleonés, los monarcas se reivindicaban como legítimos sucesores de los reyes godos, propiciando la forja de un mito —el mito gótico— al que se remitirá una y otra vez, siempre que en la historia de España se quiera poner de relieve la unidad territorial y religiosa. Es un espejo frente al que se contemplarán todos los monarcas de los reinos peninsulares para hacer frente a los musulma-

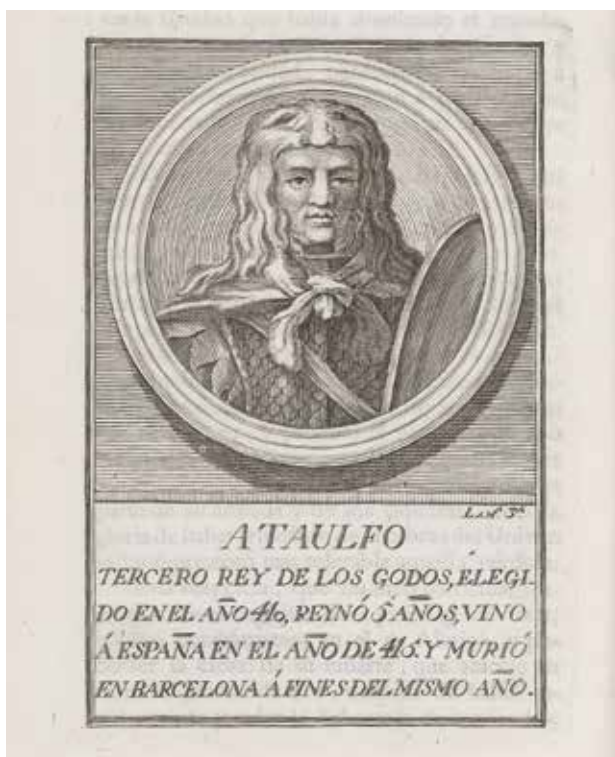
nes, durante la llamada «Reconquista»; los mismos Reyes Católicos y hasta los monarcas del Imperio español de la Casa de Austria se presentarán como sucesores directos de los reyes godos: *Rex Hispaniae, Rex Gothorum*. La unificación de las diferentes coronas hispánicas, así como la vinculación con el Sacro Imperio y la hegemonía en distintos territorios europeos configuraban una nueva idea de España que debía estar territorialmente cohesionada. Y para ello se optó por el modelo de la «España visigoda».

El mito del goticismo adquirió en tiempos de Felipe II plena relevancia para justificar la legitimización de la nación española y de la «hispanidad», como doctrina oficial de la corte y para fortalecer el poder de la realeza. En ello se esforzaron personajes como Juan de Mariana y Ambrosio de Morales. El propio rey sentía una gran devoción por Hermenegildo —el hijo díscolo de Leovigildo— quien, convertido al catolicismo, se rebeló contra la «tiranía» de su padre arriano. Esta postura, defendida por Jiménez de Rada, contravenía la versión isidoriana y oficial visigoda, y se fundamentaba en la versión de

<1 Francisco de Vogue. *Leovigildo, rey visigodo (568-586)*, 1750.

Piedra caliza, 285 x 120 x 110 cm. Plaza de Oriente, Madrid.

© Foto: Antonello Dellanotte.



Ataulfo en *Retratos de los reyes de España desde Atanarico hasta nuestro católico monarca don Carlos III ...*, García de la Huerta, Vicente Rodríguez (1734-1787), Manuel Mariano (1729-1802), grab. Ibarra. © Biblioteca Nacional de España.

Gregorio Magno que fue el primer defensor del martirio de Hermenegildo. La veneración de Felipe II por Hermenegildo como mártir de la catolicidad hizo que el papa Sixto V, autorizara su fiesta litúrgica en toda España en el milenario de su muerte, en 1586; finalmente Hermenegildo fue canonizado, para su culto universal, en 1639 por el papa Urbano VIII.

El reflejo que los Austrias buscaban en los reyes visigodos era el del fundamento teocrático del poder real. Así

como Dios ungía a los reyes en el Antiguo Testamento, los reyes visigodos también se hacían investir por el metropolitano de Toledo en la solemne ceremonia de la unción regia. Pero, en definitiva, la monarquía visigoda no inventó nada nuevo, sino que reeditó los presupuestos de la teología política que Eusebio de Cesarea ideó para el primer emperador cristiano Constantino. Este referente lo tomó el rey Recaredo en la ceremonia de la conversión del pueblo visigodo al catolicismo en el III Concilio de Toledo, firmando como nuevo Constantino, como Flavio Recaredo, el *praenomen* de la dinastía constantiniana. Para Felipe II, Hermenegildo había sido el mártir de la verdadera fe y modelo de su hermano Recaredo quien afianzó su poder en tanto era rey «católico». Este era el espejo en el que se miraba el monarca español: una legitimización religiosa en los tiempos convulsos del siglo XVI de la Reforma católica y protestante.

Felipe III nació en la madrugada de la festividad de san Hermenegildo y por esa razón su padre le puso el nombre de Felipe Hermenegildo. El interés por «lo visigodo» se extendió a lo largo de todo el siglo XVII como modelo de la unidad territorial, política y religiosa de España.

Con la entrada del siglo XVIII, la dinastía de los Borbones se siguió proclamando sucesora de los reyes visigodos. Se estableció como primer monarca «español», el rey Ataúlfo, cuya escultura encabeza la serie de veinte reyes españoles en la plaza de Oriente de Madrid, esculpidas a mediados de dicha centuria. La creación de la Real Academia de la Historia en 1738, bajo los auspicios de Felipe V fue el primer paso para la creación de una historiografía visigoda desde un punto de vista científico, que trataba de depurar los mitos y fábulas que tanto pábulo habían conseguido

en el visigotismo. Una buena muestra de ello es la *España Sagrada* del P. Enrique Flórez, publicada a partir de 1747. La admiración que el Siglo de las Luces sintió por el pasado visigodo se dejó entrever también en la literatura y sobre todo en el teatro neoclásico.

Con la guerra de la Independencia resurgió un inusitado sentimiento patrio que se afianzó en un ideario nacionalista con una fuerte impronta romántica que se había ido construyendo desde el siglo xvi. La obra fundamental es la de Modesto Lafuente (*Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, 1851), en donde define el concepto de nación ya en el reino visigodo sobre la base de la conversión en el III Concilio de Toledo, objetivo alcanzado gracias a la predicación de los Padres visigóticos y el mestizaje de romanos y germanos, gracias al consentimiento de contraer matrimonios mixtos, promulgado por Leovigildo.

También en el siglo xix —en 1858—, fue hallado el Tesoro de Guarrazar, cuyas coronas y cruces de oro y piedras preciosas se convirtieron en un icono del visigotismo como sinónimo del origen de la nación española. El tesoro estaba compuesto por doce coronas y ocho cruces, más algunas piezas sueltas. Algunas fueron vendidas en Toledo y adquiridas por el gobierno francés; el resto pasó a formar parte de las colecciones reales gracias al tesón de José Amador de los Ríos, quien además consiguió excavar el lugar donde había aparecido el tesoro. En 1861 publicó *El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar* donde defendía un concepto de arte genuinamente español como mezcla de los estilos romano y bizantino, ajeno a las pretensiones de F. de Lasteyrie (*Description du Trésor de Guarrazar, accompagnée des recherches sur*



Antonio Muñoz Degrain, *La conversión de Recaredo*, 1888. Óleo sobre tela, 350 x 55 cm. Archivo del Senado. © Patrimonio Histórico-Artístico del Senado. El cuadro muestra el momento de la abjuración de Recaredo del arrianismo en el III Concilio de Toledo. Estuvo en la Exposición Universal de París en 1889.

toutes les questions archéologiques qui s'y rattachent, París 1860), que consideraba las coronas como distintivas de un origen germánico (francés) para no devolverlas a España. La disputa por el tesoro de Guarrazar enfrentó a ambos gobiernos, de manera que la reina Isabel II tomó cartas en el asunto con escaso resultado. Las coronas no fueron recuperadas hasta la España de Franco, en 1941, en el marco del gobierno colaboracionista de Vichy.

Contemporáneamente al pensamiento conservador del siglo xix, se desarrolló una corriente pictórico-histórica que recalaba en los episodios medievales para fortalecer la idea de nación católica española. Muchas de las obras producidas formaron parte de la pinacoteca de Isabel II y otras se expusieron en edificios públicos, como el Senado. Uno de los más conocidos entre los de tema visigodo es el cuadro

El Concilio III de Toledo de Martí y Monsó, que fue pintado para ser expuesto en la Exposición Nacional de 1862, o también el de *La conversión de Recaredo* de Muñoz Degrain —con la representación de algunos elementos del tesoro de Guarrazar, para darle un cariz más «histórico-arqueológico»— y que fue llevado a la Exposición Universal de París de 1888.

La unificación de la Iglesia y el Estado, el altar y el trono, eran las bases sobre las que la monarquía había sustentado su poder hasta principios del primer cuarto del siglo xx, —teniendo como modelo a los reyes visigodos— hasta que el triunfo de la II República en 1931, hizo que Alfonso XIII marchara al exilio. Con el alzamiento de Franco y la Guerra Civil, entre 1936 y 1939, el pensamiento conservador se reactivó de manera que caló muy hondo en la propaganda del Caudillo. La alianza entre la Iglesia y el Estado llevarían a España al denominado «nacionalcatolicismo» que actuaba a la par entre el Ejército y la Iglesia contra unos enemigos comunes: el comunismo y el bolchevismo. Esta ideología se transmitía a la población a través de un férreo sistema educativo que defendía los principios del Régimen.

En la utilización del período visigodo por parte del franquismo hay que distinguir dos etapas: una primera, entre 1939 y 1944, en la que se pretendía probar el germanismo de España y la pureza de la «raza», y, una segunda, en la que ante la inminente derrota del Eje ítalo-alemán a partir de 1945, el régimen de Franco se retrajo, iniciando el periodo conocido con el nombre de «autarquía». Si en el primer franquismo se primaban los estudios arqueológicos sobre la llegada de estos ancestros germánicos para emparentar España con la Alemania nazi, tras la derrota del III Reich en 1945 la mirada a los visigodos se sublimaría para destacar su papel por la con-

versión al catolicismo, unión de los pilares sobre los que se asentaba el poder del «Caudillo por la gracia de Dios».

Durante el primer periodo franquista se produjo una gran influencia de los nazis en el estudio y la recuperación del patrimonio visigodo. Muchos especialistas se formaron en las universidades alemanas, como Antonio Tovar, filólogo e historiador que fue nombrado subsecretario de Prensa y Propaganda en 1941, y para quien los visigodos habían sido los fundadores de un imperio racial que marcó el destino de España por su conversión al catolicismo. También en el campo de la historia del arte y la arqueología, hay que destacar a Julio Martínez Santa Olalla, nombrado director general de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas, siguiendo los modelos alemanes del Instituto Arqueológico Nacional e Imperial (precursor del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid). Martínez Santa-Olalla centró sus investigaciones en el estudio de los ajueres funerarios de los llamados enterramientos germánicos en necrópolis visigodas como la de Castiltierra (Segovia). Pretendía demostrar las relaciones entre España y Europa central durante el periodo visigodo, para establecer un pasado común en los estados fascistas, base ideológica y racial de la política del momento. Hay que destacar a este respecto el papel que jugó la *Anhenerbe*, una sociedad pseudocientífica fundada en 1935 por los dirigentes e ideólogos del Partido Nacional-socialista Obrero Alemán con el fin de investigar y enseñar la herencia ancestral alemana, en particular sobre la raza aria y su paralelismo con la raza germana. La *Ahnenerbe* estaba gobernada por Wolfram von Sievers —condenado en los juicios de Nuremberg—, y en 1940 pasó a depender de la SS (*Schutzstaffel*) dirigida por el *Reichsführer* Heinrich Himmler.

En ese marco de colaboracionismo y camaradería, Martínez Santa-Olalla jugó un papel fundamental en la visita que Himmler realizó a España en 1940. Visitaron El Escorial; Toledo, como capital visigoda y su alcázar, mal-trecho durante la Guerra Civil, y, en Madrid, los museos del Prado y el Arqueológico Nacional; en el MAN pudo contemplar los materiales procedentes de las necrópolis visigodas, especialmente de Castiltierra, muchos de los cuales acabaron en Austria, al ser enviados como presente por Santa-Olalla para complacer a Himmler, y aún no han podido ser recuperados.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, con la victoria de los aliados, la influencia de la ideología nazi disminuye y el régimen franquista se readapta. La mirada hacia lo visigodo había de subrayar el peso de su conversión al catolicismo como modelo teocrático para la autoridad del Caudillo. Se inicia el nacionalcatolicismo donde la Iglesia católica tuvo un protagonismo especial en la recristianización de la población y la exaltación del Jefe del Estado, cuyo poder emanaba directamente de Dios. Los intelectuales volvieron la mirada a la historiografía romántica de la segunda mitad del siglo XIX, recuperando discursos como los de Marcelino Menéndez Pelayo o incluso el universo pictórico historicista que recreaba el nacimiento y el bautismo de la nación en el III Concilio de Toledo. La misma ciudad fue objeto de un programa de conservación y promoción patrimonial, como el Alcázar donde, para la historiografía fascista, se había escenificado la unidad española en época visigoda. Poco tiempo después, en 1960, se inauguró el Museo de los Concilios para conmemorar la ciudad donde había nacido «la unidad moral de España».



Julio Martínez Santa-Olalla y el *Reichsfürer* Heinrich Himmler en octubre de 1940 en el Museo Arqueológico Nacional, contemplando las piezas visigodas de la necrópolis de Castiltierra, Segovia. © Wikimedia Commons.

El sistema educativo se impregnó de la ideología nacionalcatólica a través la *Revista Nacional de Educación* que se publicaba mensualmente y era distribuida a todas las instituciones educativas, los ministerios, las universidades y las escuelas. Los visigodos se hacían familiares al universo de los españoles —¡la necesidad de aprenderse la lista de los reyes godos!— a través de los manuales escolares, las revistas infantiles, postales, naipes, vitolas, sellos de correos, almanaques y hasta los envoltorios de productos alimenticios como los chocolates. Las ilustraciones, inspiradas en la iconografía romántica decimonónica, eran las mismas que muchos de nosotros conservamos aún en la retina al pensar en los visigodos.